

La taberna universitaria

Es sabido del público que se instaló hace poco, en las cercanías de la Ciudad Universitaria, en San Pedro de Montes de Oca (antes: San Pedro del Mojón), un lugar público con el cartel de "Taberna Universitaria". Y que ha habido protestas universitarias, que han culminado suprimiendo el adjetivo en dicho cartel.

Incluso he visto, afeando todavía más el feo kiosko del Parque Morazán, unos "grafitti" poco simpáticos.

Y me encuentro, una vez más, en el grave problema de encontrarme en desacuerdo. Y de tener ganas de decirlo.

Para evitarme malpensados, advertiré (lo cual aconsejan las reglas de la Oratoria) que no soy accionista de la Taberna, ni todavía he sido su cliente. Claro está que lo seré el día que me apetezca.

Siempre me han caído mal las personas con vocación de Savonarolas, los puritanos poseedores de la verdad, porque son gente intolerante que se complace en imponer prejuicios como si fueran la ciencia. En cuestiones opinables y de gusto, el ataque, el escarnio y la imposición son simplemente ganas de mandar al prójimo. Recuérdese que siempre, los problemas que ha tenido el avance científico (Galileo, Darwin, Freud) han sido por la mala fe de quienes controlaban los puestos de influencia. Los puritanos (no me refiero a los miembros de una determinada confesión religiosa, sino a los "sepulcros blanqueados por fuera") se niegan a tolerar que los demás también opinen.

Claro es que el tema de la Taberna Universitaria no es tan truculento. Es simple consecuencia de la condición adolescente de nuestra Universidad. Veinticinco años en una institución es casi los comienzos. Todavía no tiene tradiciones estudiantiles. Además, la mitad de los estudiantes no son realmente "estudiantes", sino profesionales que además estudian, con lo cual tienen la mentalidad de profesionales y no de estudiantes.

Por el mundo, el ser estudiante es algo muy especial. Es el periodo de la vida en que, oficialmente, se es joven, y con solo un compromiso: terminar la carrera. En todo lo demás, desde el siglo XIII hasta el XX, el estudiante es mirado con simpatía y, por qué no, con envidia. Todavía no han caído sobre las espaldas las "responsabilidades" del hombre maduro. Por esto, estudiante quiere decir alegría, simpatía, canciones y tunas, enamoramientos y madrigales, y... sobre todo, poco dinero. El estudiante es el que sabe divertirse sin que ello dependa de la chequera.

Cuando hace falta el dinero para comer, se hace lo que haga falta, incluso, como decía Aquileo, trabajar. Pero me he indignado muchas veces en la Universidad con estudiantes que se buscan un medio empleo (es decir, un empleo medio pagado) para tener dinero de bolsillo, con toda la irresponsabilidad que esto significa de emplear, en lugar de cinco años para sacar el título, once o doce. Es realmente el "presentismo", el mirar solamente el presente, que es la forma de no ver nada.

Un estudiante tiene una obligación: estudiar. Ahora bien, no sé qué puritanos entienden que estudiar es solamente el estar dentro de clase o en la biblioteca. Esta es una concepción enteca de lo universitario. Igualmente importante es el coloquio, el cambio de impresiones, la discusión sobre lo que se estudia y de cuando en cuando un rato de esparcimiento. La Federación entiende como rato de esparcimiento exclusivamente organi-



Constantino Láscaris

zar bailes (a veces me he sospechado que las organizadores deben ganarse una comisión). Si unos estudiantes quieren hacer un rato de tertulia, tienen que irse fuera de la Universidad. Personalmente, prefiero cambiar impresiones sobre la preparación de una Tesis Doctoral en la soda ante una taza de café, que entre las mini-paredes de una mini-oficina. Recuerdo la indignación del entonces Decano de la Facultad, mi respetado amigo el Prof. Trejos Fernández, cuando una vez tuve la humorada de incluir la soda en el "horario" de permanencia en la Facultad. Y menos mal que otro Decano, el Dr. Guillermo Chaverri, se mostró de naturaleza angélica ante otro "horario" bienhumorado que de mi parte le llegó. Con esto, no pretendo justificarme. Otro Decano, un día, el Dr. Gutiérrez Carranza, me decía que había comprobado que los profesores que cumplían estrictamente los horarios de permanencia en la oficina, nunca publicaban nada... Claro está, pues la investigación se puede hacer en muchos lugares, pero no en la oficina. Y el trato con los estudiantes, la famosa "guía", tiene que ser sobre la marcha, en la ocasión, y no a horas fijas. Y sobre todo, sin espantar a los estudiantes primerizos con formalismos.

Pero no tenía interés en hablar de los profesores, sino de los estudiantes. Un estudiante avinagrado, que solo piensa en sacar buenas notas, será probablemente un profesional egoísta. La vida es problema, pero problema con colorido. Vale la pena vivir la vida, con algo de alegría. Y, ¿será una blasfemia el decirlo?, alguna vez un rato en la Taberna puede dar esa "higiene mental" a la que tanta propaganda se le hace.

Recuerdo que hace unos años se quiso prohibir a un equipo de fútbol que usase la palabra "Universidad". No sé en qué quedó, pues no sé nada de esta disciplina. Pero yo me quedé estupefacto. El prestigio de una Universidad se gana sacando muchos y buenos graduados, pero no con medidas como ésa. Y lo mismo digo de la Taberna.

Cuando cursé la secundaria, tuve que aprender de memoria, y lo hice sin ningún disgusto, "Una cena" de Baltasar del Alcázar. Los mismos profesores que nos hablaban duramente contra el alcoholismo (y que predicaban con el buen ejemplo), nos hacían recitar:

La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas de vino a punto,
falta comenzar la fiesta.

Una fiesta sin vino no es fiesta. Eso sí, solo con vino no hay fiesta. Es lo mismo que la po-

lítica: sin dinero no se hace nada, pero solo con dinero tampoco. Un hombre inteligente respeta las dos reglas del buen beber: no mezclar, y beber comiendo.

La desgracia está en que esto no sirve para aplicarlo a Costa Rica. En este país, prácticamente está prohibido beber vino (el Estado le pone tales impuestos, que prácticamente lo prohíbe) y el Estado empuja a los costarricenses a beber aguardiente, para sacarles dinero. Por esto, en Costa Rica está desacreditada la palabra "cantina", pues en este tipo de lugar se suele buscar el superar la "depresión" por la borrachera. Pero, ¿qué tiene que ver eso con el hacer un rato de tertulia amigable, entreverando algunos chistes con comentarios sobre las materias de estudio, saboreando un "vaso de bon vino", como dijo el clásico, o una cerveza?

Baltasar del Alcázar poetizaba:

Por nuestro Señor, que es
míña

la taberna de Alcocer:
grande consuelo es tener
la taberna por vecina.

El poeta no era puritano. Según cuenta, se acostaba a las 11. Iba a la misa en que adoraba la sangre de Cristo en el vino. Sabía contar historias sabrosas. Sabía ser oficial en los Tercios y sabía saborear una buena morcilla. Era un hombre inteligente.

Para mí, todo el secreto está en ese verbo: saborear.

Quien no aprenda a saborear la vida, será desgraciado toda su vida. El estudiante que no saboreó el ser estudiante, no tendrá luego, ya de profesional responsable y padre de familia, el grato regusto de haber sido vitalmente joven, y no solo por el calendario. El político que no aprenda a saborear los lances políticos, será un amargado, o resentido o con vocación de tirano. El que no aprenda a saborear el "bon vino", tiene vocación de alcohólico. Todo con mesura, decían los clásicos, y por algo han quedado como clásicos.